

ANYTA  
SUNDAY

PISCIS SE  
LLEVA A TAURO  
AL AGUA

# PISCIS SE LLEVA A TAURO AL AGUA

Signos de amor #4.5

---

ANYTA SUNDAY

Traducido por  
VIRGINIA CAVANILLAS

# Índice

[Avant-propos](#)

[Piscis se lleva a tauro al agua](#)

[Sobre la autora](#)

Primera publicación en 2018 por Anyta Sunday  
Contacto: Bürogemeinschaft ATP24, Am Treptower Park 24, 12435 Berlín, Alemania.

Una publicación de Anyta Sunday  
<http://www.anytasunday.es>

Copyright 2021 Anyta Sunday

Traducción: Virginia Cavanillas  
Corrección: Pilar Medrano

Diseño de portada: Natasha Snow  
Dibujos de Piscis y Tauro: Maria Gandolfo (Renflowergrapx)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida sin previo permiso del propietario del *copyright* de este libro.

Todos los personajes de este libro son ficticios y cualquier parecido con otras personas, vivas o muertas, es una mera coincidencia.

Advertencia: Este libro contiene escenas de sexo explícito.

*Piscis se lleva a Tauro al agua* es una historia corta y erótica que sirve como epílogo a *Piscis pesca a Tauro* (Signos de amor #4).

## Piscis se lleva a tauro al agua

Zane cedió el paso a Beckett para que entrara en la cabaña que había alquilado. Dejó caer su mochila maltrecha y sus sacos de dormir y cerró con prisa la puerta para que el frío de la noche no se colara dentro. Encendieron las luces, pero Zane estaba demasiado distraído como para fijarse en nada que no fuera quitarle la ropa a Beckett y llevarlo a la mullida alfombra que había frente al sofá de piel.

—Desvístete tú también —le pidió Beckett, tiritando.

Sin más preámbulo, Zane se quitó las botas y el resto de su ropa y lanzó todo al suelo, junto a las prendas empapadas de Beckett.

Echó entonces un vistazo a la habitación y vio una especie de manta decorativa colgada en la pared.

—¿Crees que descolgar eso es buena idea? —le preguntó Beckett, sus dientes castañeteando.

—Es una manta, Becky, y tú estás tiritando.

—Ya, pero prefiero cogerme un resfriado a que cometas un delito.

Zane se rio ante la actitud superprecavida de Beckett.

—Es solo una manta colgada en la pared.

—Pero es una cabaña antigua, en medio de una reserva natural neozelandesa. Seguro que todos los muebles que hay aquí contienen un pedacito de historia.

—Pues vamos a darle más historia aún —dijo Zane, guiñándole el ojo mientras terminaba de descolgar la gruesa manta de lana—. Una historia con final feliz; de cómo esta fue la manta que salvó a mi novio —¿prometido?— de morir de hipertermia.

Beckett negó con la cabeza y dijo:

—Hipo.

Nada más decirlo, otro temblor le recorrió el cuerpo y Zane lo cubrió con la manta.

—¿Qué tipo de tapiz será este?

—Del tipo calentito —contestó Zane, percatándose de que el tapiz en cuestión tenía una etiqueta colgando sobre el hombro de Beckett. Se acercó a leer lo que ponía y se quedó de piedra.

Beckett giró la cara para mirarlo, sus preciosos ojos azules haciendo que a Zane le diera un

vuelco el corazón, igual que la primera vez que lo vio, y cada vez desde entonces.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Zane le dedicó una sonrisa tímida y besó con suavidad sus labios helados.

—Si me arrestan, habrá merecido la pena. Porque sin toda esta tela mullidita cubriéndote, te pondrías enfermo y, a diferencia de mí, tú no tienes sangre kiwi y no puedes andar por ahí desnudo sin sentir ni pizca de frío.

Beckett lo miró con incredulidad, pero apreciando la vista de su cuerpo desnudo.

—¿Y por qué iban a arrestarte?

—Pues porque según esta etiqueta es una manta muy antigua. Tiene unas décadas. Una docena de décadas, para ser exactos. Vamos, que esta manta tendría que estar en un puñetero museo.

Beckett gimoteó y se empezó a desprender de ella.

Zane la cogió por el borde antes de que cayera y volvió a envolverle los hombros con ella.

—Mejor en ti que en el museo.

Zane se acuclilló al lado de Beckett y estudió los rojos y blancos de la manta.

—Mmm...

Beckett se las apañó para alzarle una ceja entre escalofrío y escalofrío.

—Mmm, ¿qué?

—El estampado —dijo Zane—. Es un anzuelo gigante. —Miró a su novio tauro y sintió mariposas en el estómago una vez más. Beckett Fisher, alias «el pescador» en inglés, había sabido tirar la caña y pescar a Zane Penn, que no quería librarse de ese anzuelo jamás—. Hay algo especial en este momento, ¿no lo sientes? Es como si estuviéramos destinados a vivirlo.

—Eso que sientes —susurró Beckett—, se llama entumecimiento.

Zane se rio, pasándose la mano por su pelo empapado.

—Siento lo del puente.

Beckett abrió un poco la manta y envolvió a Zane con ella, acercándose a él hasta que sus costados quedaron pegados, el brazo y la cadera helados de Beckett, rozando la piel cálida de Zane, a quien se le ocurrió una idea estupenda para mantener caliente a su hombre: se deslizó un poco por la alfombra hasta ponerse delante de él, de espaldas, cubriéndole la parte delantera con su cuerpo y su calor, mientras el tapiz le tapaba la espalda a modo de manto. Tiró de los brazos de Beckett hasta rodearse el pecho con ellos.

Beckett tembló y le dejó un suave beso en el hombro.

—Se suponía que tenía que ser romántico —añadió Zane, suspirando.

—Y no hay nada más romántico que besarse en la oscuridad de la noche, en un puente giratorio a punto de derrumbarse sobre un arroyo de agua sucia.

—Había luna llena. Y creía que te estaba gustando.

Zane notó la risa de Beckett como una caricia contra su omóplato.

—Y me estaba gustando hasta que...

—¿Nos caímos al agua?

—No, antes de eso, cuando...

—¿Cuando sin querer le di una patada a nuestra mochila y se cayó al arroyo?

—Antes de eso.

Beckett apoyó la frente contra su espalda y Zane deseó poder traspasarle todo el calor de su cuerpo.

—¿Antes de eso? —Zane le frotó los muslos, que había colocado alrededor de los suyos, intentando que entrara en calor—. Antes de eso todo era ardiente y supersexi.

—Hmm. No sé si yo usaría la palabra «ardiente» para describir el momento.

Oh. Zane, muerto de vergüenza, bajó la mirada hacia sus pies, que sobresalían desde debajo de la manta-tapiz.

Beckett apoyó la frente en su nuca y dijo:

—Te has quedado muy callado.

Zane se encogió de hombros. Intentó reírse, pero sonó más asustado que otra cosa.

—Así que..., ¿no te estaba gustando? ¿No... hmm, querías hacer eso conmigo?

Los brazos de Beckett se tensaron a su alrededor, y lo agarró fuerte de los hombros, soltando la manta que los cubría y haciendo que esta se resbalara y cayera hasta sus cinturas.

—Date la vuelta, Zane.

Zane lo hizo, poniéndose de rodillas y manteniendo la vista baja, fija en el suave pero duro pecho de Beckett.

Un dedo bajo la barbilla le hizo levantar la cara y la mirada. Beckett estudió su expresión con ojos cautelosos, tiernos, curiosos y llenos de deseo.

—Me niego a que tu primera vez sea en la oscuridad de la noche, en un puente giratorio a punto de derrumbarse sobre un arroyo de agua sucia —le dijo. Zane intentó apartar la mirada, pero Beckett no le soltó la barbilla, acercándose a él hasta que sus labios estuvieron casi pegados—. Pero no dudes que me apetece. Me apetece mucho.

Zane tembló, pero no tuvo nada que ver con el frío.

—Ahora estoy nerviosísimo e *hipoexcitado*.

Beckett sonrió contra su boca y Zane se apartó un poco para poder admirar su expresión, la alegría en su rostro, el brillo en sus ojos y esa sonrisa que curvaba sus labios de la forma más sensual.

Zane no pudo evitar atraerlo a un beso lento y ardiente.

Beckett se apartó, riéndose entre dientes.

—Pero no esta noche.

—Pero es una manera maravillosa de mantenernos calientes.

—Qué romántico —dijo Beckett con sarcasmo.

Zane estuvo de acuerdo:

—Es verdad. Mi primera vez debería estar llena de romanticismo. Así que seguiré buscando la situación perfecta hasta que las ganas te puedan, te abrumen y no tengas más remedio que



perforarme...

—Eso no significa lo que crees que significa.

—¿Percutir...?

—Ay, por Dios.

—¿Propulsarte en mi interior? ¡Oye! ¿A dónde vas?

—A *propulsarme* al agua desde un puente. Tirarme una vez no ha sido suficiente.



—¡HABÉIS VUELTO! —GRITÓ DARLA EN CUANTO EL TAXI LOS DEJÓ FRENTE A LA CASA DE BECKETT.

Zane dejó su maleta en el suelo, corrió por el camino de entrada de su vecina y sumergió a la vieja alcahueta en un abrazo enorme, levantándola del suelo y todo.

—Ahora me acuerdo de por qué te he echado tanto de menos —le dijo ella al oído—. Y, si no es mucho pedir, ¿podrías venir el martes, a eso de las cinco de la tarde, cargarme sobre el hombro y darme unos azotes en el culo?

Beckett tosió a su espalda y Zane dejó a Darla en el suelo, sonriendo:

—¿Qué pasa el martes a las cinco?

—Bueno, pues que he conocido a un hombre en la biblioteca y va a pasarse por casa a recoger una de mis antigüedades, una silla de época.

—Tú no tienes ninguna silla de época.

—Pero eso él no lo sabe y, a lo mejor, ya que está, termina quedándose con alguna otra antigüedad —dijo Darla.

Zane se rio.

—Yo te azoto cuando quieras.

—Es como estar en clase —dijo Beckett—. Soy ese profesor al que nadie presta atención.

—Pero ¿qué dices? —le preguntó Zane.

Beckett hizo un ruidito muy mono, como enfurruñado.

—Darla, quita esas manos de uñas perfectas de mi novio.

Darla apartó la mano de la mandíbula de Zane, donde lo estaba acariciando.

—¿Novio o prometido?

A Zane le dio un vuelco el estómago. Beckett había dicho que quería casarse con él cuando le concedieran otro visado para poder volver a Estados Unidos. Y, tras varios meses viajando por Nueva Zelanda juntos, aquí estaban, de vuelta en suelo norteamericano y con un nuevo visado.

¿Estaban, entonces, oficialmente prometidos? ¿O la cosa solo era oficial si intercambiaban anillos de compromiso? ¿Los chicos compraban anillos de compromiso?

Se miró sus dedos desnudos y luego miró los de Beckett. Cambió de postura, nervioso.

Darla cogió su bastón y se dio media vuelta, mascullando algo sobre un paquete mientras se dirigía a su casa.

Beckett se acercó un poco más a él y le susurró al oído, haciéndole cosquillas:

—No pienso dejar que te vayas de nuevo.

Zane lo agarró y lo atrajo hacia él en un dulce abrazo. Sus respiraciones se mezclaron y sus piernas encajaron a la perfección. El beso que se dieron crepitó, fue pura electricidad.

—Siento tantas cosas por ti —dijo Zane, pegándose más al cuerpo cálido de Beckett y profundizando el beso.

Becky se rio contra su boca.

—Ahora no, Zane —le dijo.

Darla volvió con un paquete a nombre de ambos. En cuanto Zane vio el remitente supo de qué se trataba. Él mismo lo había organizado unas semanas atrás, después del incidente del puente.

Sonriendo, le cogió la caja a Darla y se giró hacia Beckett.

—Es para nosotros —le dijo.



UNA VEZ HUBIERON METIDO LAS MALETAS EN CASA, ZANE ARRASTRÓ A BECKETT HASTA EL BAÑO CON una sonrisa enorme en los labios. Estaba empezando a notar los efectos del *jet lag*, pero le daba igual, quería que Becky abriera el paquete cuanto antes.

Beckett se sentó en el borde de la bañera y, con una ceja arqueada, abrió la caja con cuidado y echó un vistazo a su interior.

Zane quería urgirle a que se diera prisa y ayudarle a abrirlo, pero se contuvo. Eso sí, no paraba de moverse, nervioso, balanceándose sobre los talones.

Por fin, Beckett sacó lo que había dentro.

—¿Una cortina de ducha? —preguntó.

Zane tocó el riel sobre la bañera de donde colgaban unas cortinas azul marino que nada tenían de malo, pero tampoco eran nada especial.

—Desenvuélvela.

Beckett lo hizo. Zane había dibujado un piscis y un tauro con un enorme anzuelo entre ellos. Para el anzuelo había tomado como base el del tapiz de la cabaña con el que se habían tapado para no morir congelados. Cuando regresaron a la civilización tras esa noche, Zane había enviado el diseño y había encargado que lo imprimieran en esta cortina.

Beckett se pasó una mano por la mandíbula, sonriendo, y se puso la cortina en el regazo, mirando el toro y el pez con el anzuelo entre ellos.

—Tenía que ser un regalo para el baño —dijo Zane sin más—. Por todas las cosas buenas que hemos vivido en él.

—El solo pensar en esas cosas me produce un colocón enorme. —El brillo en los ojos de Beckett hizo que un escalofrío recorriera a Zane de pies a cabeza.

Beckett dejó la cortina sobre el borde de la bañera y se acercó a Zane. Sus ojos azules estaban

llenos de cariño, de deseo y de... timidez, algo que no era habitual en él.

Llevando una mano al cuello de Zane, el pulgar a su pulso, donde seguro pudo notar lo frenético de su latido, Beckett parecía estar preguntándole algo con la mirada y la respuesta a lo que Zane leía en sus ojos era «¡sí, sí, sí!», pero se le secó la garganta y no pudo ni hablar.

Aturdido, Zane rompió la conexión entre ambos y fue hacia el paquete vacío, cogiéndolo y pasándoselo de una mano a otra.

—Deberíamos colgar la cortina —dijo Zane mirando el interior de la caja para descubrir que lo único que quedaba dentro era el papel de embalar—. Mierda, no hay anillas.

Beckett frunció el ceño.

—Ahora mismo las pido para que nos lleguen mañana.

Zane dejó caer los hombros y lo siguió fuera del baño. Durante semanas había estado provocando una situación romántica tras otra y Beckett no se había ni acercado al anzuelo en ninguna de ellas.

Y ahora que lo había tenido ahí, mordisqueando el cebo, Zane había retirado la caña de golpe.



TRAS PASAR UN DÍA RECUPERÁNDOSE DEL *JET LAG*, ZANE SE PUSO DE NUEVO MANOS A LA OBRA, dispuesto a darlo todo.

A media tarde se acercó a la floristería y volvió a casa con una docena de rosas rojas. Las llevó al dormitorio sin que Beckett las viera y esparció los pétalos de once de ellas sobre la cama.

Siguiendo el cuarto paso de un blog que había descubierto hacía poco —Trucos de seducción, se llamaba—, se embadurnó el cuerpo con aceite de coco, se puso un tanga, se colocó la rosa que le quedaba entre los dientes y se fue a buscar a Beckett, que estaba trabajando en el salón.

Había que admitir que esto era muy cliché; pero los clichés eran clichés por una razón: porque funcionaban.

Y, con suerte, a él le iba a funcionar también.

Zane se quedó en la puerta unos instantes. Las cortinas estaban cerradas y la luz del salón encendida. Beckett estaba sentado a la mesa, escribiendo con vehemencia en su diario; la americana abierta y los primeros botones de la camisa desabrochados, mostrando piel hasta el esternón.

Se dio unos golpecitos con el bolígrafo en los labios, perdido en sus pensamientos, y Zane se empapó de ese amor que tenía dentro y no podía contener. Nunca había necesitado los sórdidos *brownies* de Darla; siempre había estado colocado ante la mera presencia de Beckett.

Se aclaró la garganta y Becky alzó la vista, sonriéndole con calidez. Volvió a centrarse en su diario, pero, al segundo, levantó los ojos de nuevo hacia Zane y parpadeó un par de veces.

Zane bajó la intensidad de la luz y se encaminó con paso sexi hacia Beckett, pero, antes de

llegar a él, se sacó la flor de la boca, porque el tallo sabía muy amargo. Le tendió la rosa.

—Eh, ¿qué? —dijo Beckett.

—Qué elegante está, profesor.

La mirada de Beckett lo recorrió de arriba abajo, deteniéndose en el tanga y moviendo el bolígrafo de forma nerviosa entre los dedos.

—¿Qué está pasando? —le preguntó con voz ronca.

—Pues lo que está pasando, si es que lo estoy haciendo bien, es que estoy seduciéndote.

Beckett recobró la compostura, dejó caer el bolígrafo y cogió la flor. Sus ojos brillaban divertidos. Se echó hacia atrás en la silla, apoyándose en el respaldo.

—Eres lo más mono que he visto en mi vida.

—¿Mono? Prueba mejor con sexi.

—Hmm.

Zane emitió un gruñido, se dio media vuelta y le enseñó su culo desnudo.

—¿Ves? ¡Sexi!

Beckett se rio y Zane notó cómo la seducción se le escurría entre los dedos como si fuera el aceite de coco con el que antes se había embadurnado.

Otro fracaso.

Menos mal que no era de los que se rendía fácilmente.

Le dijo a Beckett que esperara un momento y, ante su mirada de desconcierto, Zane salió de la habitación. Volvió unos minutos después con una hoja de papel en la mano, retorciéndola de forma nerviosa.

Beckett estaba donde lo había dejado, con la rosa entre las manos, sonriendo.

Zane se acercó a él.

Beckett echó un vistazo a la camiseta y al bóxer que se había puesto y puso cara de decepción.

—He hecho una lista. —Zane deslizó el papel por la mesa hacia Beckett, que lo miró de reojo—. No quiero seguir cagándola, así que elige la situación que más te atraiga.

—Zane.

—Lo digo en serio. Quiero que esto sea perfecto para los dos.

Beckett se giró en su silla y le cogió la mano. Unos dedos cálidos se entrelazaron con los suyos y tiraron un poco de él, para acercarlo más.

Otro tirón y Zane cedió, subiéndose a horcajadas sobre el regazo de Beckett y retirándole un mechón rebelde de la frente.

—Ayer arruiné el momento baño, lo siento —dijo Zane en voz baja.

—Estás nervioso.

—Sí.

Beckett se acercó a él, su nariz acariciándole la mejilla en su camino hacia la oreja, donde le susurró:

—Yo también.

Zane se echó hacia atrás. El agarre de Beckett en sus caderas era firme, pero en sus ojos brillaba algo que estaba entre el deseo y la inseguridad.

—¿Sí? ¿Estás nervioso?

Un asentimiento de cabeza.

—¿Nunca lo has hecho antes?

Beckett sonrió contra sus labios, sus palabras un cálido suspiro contra su boca:

—Sí, lo he hecho. Con mi ex, casi siempre.

Zane se apartó para poder mirarlo y el agarre de Beckett se intensificó.

—¿Casi siempre has sido tú... el activo? Pero yo... siempre soy yo el que... ¡Y lo hacemos casi cada día!

—Y así es perfecto. Lo que tenemos nos funciona, no tengo que hacerlo de ninguna otra forma. Pero Zane podía ver la curiosidad brillando en los ojos de Beckett.

—Pero quieres.

—No es... Quizá. Sí, quiero.

—¿Y por qué no lo has hecho? En las últimas tres semanas te lo he ofrecido ciento veintisiete mil doscientas veces.

Beckett deslizó una mano por la espalda de Zane y le dio un apretón en la nuca.

—Porque quiero que lo disfrutes, que te guste. —El agarre en su cuello se convirtió en una caricia—. Que te guste de verdad. No quiero que te sientas decepcionado, y las primeras veces pueden ser...

—¿Dolorosas?

—La presión es...

—¿Eso iba con doble sentido, Becky?

Beckett soltó una carcajada.

—No ha sido intencionado.

Zane entendía lo que había querido decir. La presión venía del hecho de que Beckett quería que fuera perfecto para él, que disfrutara su primera vez.

—La verdad es que sí espero que sea estupendo, magnífico, maravilloso...

—Con eso no ayudas.

Zane lo besó, tragándose el gemido de exasperación que bailaba en los labios del profesor, y le dijo:

—Pero no al principio. Y, en esta primera vez, no se trata de eso. Se trata de sentirnos, tú y yo; se trata de estar cerca el uno del otro, compartir esa intimidad.

Juntaron sus frentes y la respiración de Beckett acarició el labio superior de Zane. Cuando habló, su voz sonó dulce, suave, rompiéndose un poco al decir su nombre.

—¿Me besas, Zane?

Zane deslizó las palmas de las manos por las mejillas recién afeitadas de su chico y le acarició la boca con la suya. Ese mero roce hizo que un escalofrío lo recorriera entero y se

contoneó sobre el regazo de Beckett.

Se habían besado miles de veces ya y, aun así, cada beso era como el roce de un copo de nieve sobre la piel: suave, fresco, único.

Y este, además, era todo nervios y tensión.

Zane metió la lengua en la boca de Beckett, dándole un beso que pretendía calmarlo y suplicarle al mismo tiempo. Beckett le acarició la espalda, atrayéndolo más contra él.

Cuando Zane gimió contra sus labios, Beckett profundizó el beso. Sabía un poco a vino, pero con un toque dulce, como si hubiera estado comiendo albaricoques.

Su beso creció en intensidad y Zane empezó a frotarse contra la erección de Beckett. La suya propia hacía que su bóxer fuera una obscena tienda de campaña y la cabeza de su polla empujaba sin vergüenza contra los abdominales de Becky.

Beckett le dio un mordisquito en el cuello y gimió.

—¿Estás seguro?

Zane no pudo responder, estaba totalmente perdido en las sensaciones que Beckett le provocaba, en esas manos firmes y hábiles apretándole el culo.

Beckett añadió:

—Porque puedes follarme tú a mí. Siempre. No tenemos que...

Zane se levantó del regazo de Beckett y tiró de él, poniéndolo en pie. Sus cuerpos chocaron el uno contra el otro y Zane lo sumergió en otro beso. Y otro. Y otro.

Besándose sin parar, llegaron al dormitorio, donde una cama cómoda y enorme los esperaba. Las cortinas estaban cerradas, pero no del todo, ya que un lado se había enganchado en uno de los cuernos del toro que había sobre la butaca. Las lámparas de las mesillas desprendían una luz tenue sobre la cama, iluminando de forma aún más sutil la suave moqueta del suelo.

Beckett se deshizo de la chaqueta y Zane lo ayudó quitándole la camisa. Ambas prendas acabaron en un charco de ropa en el suelo, cayendo como una caricia sobre sus pies.

Beckett le acarició la mandíbula con cariño.

—Si cambias de opinión, si en cualquier momento...

Zane gruñó y le abrió los vaqueros de un tirón, metiendo la mano bajo su ropa interior y agarrándole la polla. Apretó, sintiendo la piel suave y caliente de su erección, y le mordió el labio inferior, succionándose.

Beckett se derritió bajo su toque y empezó a empujar contra la mano de Zane, gimiendo de necesidad.

A Zane le encantaba lo sexi que era Beckett, cómo se abandonaba y se dejaba llevar.

Beckett metió la mano por debajo de la camiseta de Zane, acariciando su piel impregnada en aceite de coco.

—Resbalas —le dijo mientras le sacaba la camiseta por la cabeza.

—Emm... sí. Por todas partes.

Zane empezaba a pensar que se había pasado. Pero se había notado tan apretado al meterse los

dedos para prepararse, que quizá se había echado un poquito demasiado aceite de coco.

A Beckett se le oscurecieron los ojos cuando vio cómo Zane tiraba de la cinturilla de su bóxer y se contoneaba para bajárselo hasta los tobillos. Cuando estuvo libre, se agarró la polla y empezó a tocarse mientras observaba cómo Beckett se quitaba los pantalones.

Cuando ambos estuvieron desnudos, Zane atrajo a Beckett hacia él, pero lo hizo con tanta ansia que perdió el equilibrio y ambos se cayeron, primero contra la cama, y después contra el suelo.

El culo de Zane contra la moqueta, Beckett de rodillas entre sus muslos y sus pollas rozándose la una contra la otra en una deliciosa caricia. La risa de Beckett le hizo cosquillas en la barbilla.

A Zane no le preocupaba dónde hubieran aterrizado, lo único que le importaba era tener a su profesor sexi en sus brazos.

Tiró de su novio para ponérselo encima y la risa de Beckett continuó hasta que sus bocas se juntaron en un beso. Fue dulce, con Beckett frotándose con suavidad contra él. Pero es que frotarse no era suficiente. Zane lo quería dentro de él.

Tenía un poco de miedo y estaba muy nervioso, pero también estaba más que listo, tanto que dolía.

Se arqueó hacia arriba para recibir los suaves empujes de Beckett y le rodeó la cintura con una de sus piernas. Se aferró más a él, agarrándolo más fuerte y rogándole que le tocara el culo.

Beckett maldijo contra su cuello y metió una mano entre sus cuerpos.

En cuanto notó las yemas de unos dedos contra su apertura, Zane estalló en llamas. Levantó la cabeza del suelo y besó a Beckett con pasión, enredando una mano en su pelo y urgiéndolo a darle más. Su cuerpo temblaba de pura necesidad. Con su mano libre agarró la de Beckett, obligándolo a meter más los dedos en su interior.

La intrusión era un gustazo.

—No me puedo creer que nunca me hayas dicho que eras más activo que pasivo —gimió Zane. Beckett le apartó la mano y siguió tanteando su agujero, jugueteando.

—No me pareció... pertinente.

Lo de «pertinente» casi mata a Zane en el acto.

—Has usado esa palabra a propósito, ¿verdad?

—¿Cuál? ¿Pertinente? —le preguntó Beckett en tono inocente.

Zane lo besó con fiereza.

—Sabes lo mucho que me gusta que uses palabras de listo.

Y, para Zane, ese «pertinente» había sonado pecaminoso, penetrante y *pajeable*.

Beckett se echó para atrás, sonriendo divertido. Por Dios, qué guapo era.

—¿Con qué te has lubricado?

—Con aceite de coco.

—El aceite y el látex no son buena mezcla.

Zane volvió a apoyar la cabeza en el suelo y sostuvo la mirada de Beckett.

—Quiero que te corras dentro de mí —le susurró.

Ambos estaban limpios, se habían hecho pruebas, y habían hablado de dejar de usar condones, pero esta sería la primera vez.

Beckett contuvo el aliento y sacó el dedo de dentro de Zane, que, de repente, se agobió mucho. ¿Iba Becky a decirle que no? ¿Que aún no estaba listo para dar este paso?

¿Le acariciaría la cara con ternura y le diría que estaba yendo demasiado deprisa? Se habían conocido, se habían confesado su amor, habían dejado caer que se casarían al volver de Nueva Zelanda...

¿Estaría Beckett...?

Beckett llevó una mano a su mejilla, acariciándolo, y Zane cerró los ojos de golpe.

Notó su respiración en sus labios entreabiertos, el pulgar contra el puente de la nariz, haciéndole una especie de masaje. Cuando Beckett habló, le tembló la voz:

—Me encantaría sentirte todo lo cerca de mí que sea posible.

Zane abrió los ojos y mantuvo la mirada tierna y ardiente de Becky.

—¿De verdad?

Beckett le comió la boca.

El peso de Beckett, caliente contra su cuerpo resbaladizo, era perfecto. Igual que el rastro de besos que fue dejando por su cuello, por el hombro, hasta llegar a uno de sus pezones y enredar la lengua en él. La piel de Zane cosquilleaba a medida que Beckett iba bajando por su cuerpo hasta establecerse entre sus piernas.

Zane dejó caer la pierna que tenía levantada, doblada a la altura de la rodilla, justo cuando Beckett le envolvió los huevos en una mano y los masajeó. Unos dedos hábiles empezaron a entrar y salir de él en empujes suaves y poco profundos, y el nivel de frustración que Zane manejó durante los veinte segundos que Beckett lo dejó para ir a por más lubricante, casi hace que explote.

Cuando volvió era todo besos, dedos resbaladizos y susurros diciéndole lo sexi que era.

Beckett se puso encima de él, apoyado contra su pecho, sus pollas frotándose en un roce delicioso.

—¿Deberíamos subir a la cama? —le preguntó Becky al oído.

La cama, con todos esos pétalos de rosa esparcidos por encima. Sí, sería superromántico.

Estaban en la moqueta, al lado de una cama sumida en sombras, con las sábanas cayendo por un lateral sobre el brazo de Zane.

No era la escena perfecta. Para nada. Pero aún así...

—Nos quedamos aquí —dijo Zane.

Porque la perfección la hacían ellos. Y esa urgente necesidad de estar cerca, cada vez más cerca el uno del otro.

Giró la cabeza hacia Beckett y capturó sus labios en un beso.

—Aquí —dijo de nuevo, en un susurro—. Ya que ayer no me pude llevar al toro al agua en el



baño, me lo traigo al suelo.

—Zane, tú te llevas el toro al agua cada día.

El corazón de Zane empezó a latir desbocado.

—Y, a veces, como en aquel puente, literalmente.

Beckett se rio.

—Me dejas sin palabras —le dijo.

—Y usted a mí, profesor.

Zane soltó el aliento de forma temblorosa y agarró la polla de Beckett, deslizando el pulgar por el líquido preseminal de su glande. Levantó un poco el culo y lo condujo hacia su entrada.

Beckett le robó otro beso antes de entrar en él. Zane siseó ante ese primer contacto, ante la intrusión, y forcejeó con Becky cuando este empezó a retirarse. Enlazó sus miradas y le dijo:

—Somos nosotros, tú y yo. Quiero sentirte.

Beckett se lo dio, milímetro a milímetro, gemido a gemido. Unieron sus manos, entrelazando sus dedos, y Zane le dio un apretón, el dorso de su mano contra la moqueta.

Beckett estaba dentro, asentado en lo más profundo.

Zane contrajo los músculos a su alrededor. No era tan doloroso como había pensado, pero sí extraño, se sentía muy lleno y su erección empezaba a flaquear.

—Bésame, Becky —lloriqueó, pero antes casi de acabar la frase, su novio ya estaba ahí, inclinándose sobre él y dándole el más dulce de los besos.

—Estás tan prieto... —dijo Beckett sin aliento, agarrando y acariciando la polla de Zane con la presión justa.

Se le puso dura en cuestión de segundos y gimió, alentando a Beckett a moverse.

Beckett salió de él para volver a entrar de nuevo, despacio. El ritmo era tranquilo, suave, firme pero lánguido, hasta que Zane no pudo más y empezó él mismo a mover las caderas, a salir a su encuentro. Quería sentir a Beckett embistiendo contra él.

—Más fuerte, Becky. Quiero sentirte por siempre jamás.

Beckett le soltó una serie de palabras largas que Zane adoró, rozándole la próstata cada vez que entraba en él. Y eso fue lo que se necesitó para que Zane empezara a gritar de placer y a pedir más.

Beckett embestía una y otra vez y Zane gozaba cada movimiento, observando con deleite cómo la muñeca que tenía apoyada en uno de los hombros del profesor se movía hacia delante con cada envite. La moqueta bajo él le quemaba la espalda, pero necesitaba más. Se agarró a las sábanas y tiró de ellas haciendo que una capa de pétalos de rosa lloviera sobre ellos.

Un enorme orgasmo se precipitó sobre él, repentino y potente, encontrándolo con el nombre de Beckett saliendo como un gemido ahogado de sus labios. Zane se llevó una mano a la polla y empezó a masturbarse de forma frenética mientras el cuerpo de Becky chocaba contra el suyo, sus embestidas adquiriendo un ritmo cada vez más rápido y cada vez más brutal.

Un empuje más y Zane notó cómo el placer lo envolvía, corriéndose de forma salvaje contra el

abdomen de ambos. Beckett gimió. Estaba cerca y, cuando empezó a salir de él, Zane lo envolvió con una pierna y lo detuvo.

—Dentro de mí, Becky.

Beckett se conducía dentro de él una y otra vez, como si nunca fuera a poder parar. Su expresión, desinhibida por el placer, era algo que Zane estaba disfrutando sobremanera, sabiendo que era él quien lo estaba llevando a esas cotas de necesidad.

Una embestida más y Zane notó su polla latiendo en su interior.

Beckett gimió y cayó sobre su pecho, dándole un beso en la garganta.

Zane lo rodeó con los brazos, sintiendo su pecho subir y bajar mientras recuperaba el aliento. Los preciosos ojos azules de Beckett, llenos de asombro y temor, encontraron los suyos.

—¿Cómo te sientes?

Zane le sonrió.

—Encantado de que eligieras *propulsarte* en mi interior y no desde un puente.

Las carcajadas de Beckett le acariciaron el vello del pecho.

Zane gimoteó cuando notó cómo Beckett salía de él y lo abrazó fuerte, atrayéndolo otra vez contra su cuerpo.

—Ha sido muy...

—¿Satisfactorio? —tanteó Beckett.

—Pertinente.

Beckett enterró la cara en su cuello, sus partes delanteras resbalando la una contra la otra por el semen y el aceite. Le dijo:

—Por Dios, cuánto te quiero.

Zane los hizo girar sobre la alfombra, poniéndose encima y apresando las muñecas de Beckett sobre su cabeza, contra el suelo, sobre varios pétalos de rosa. Se quedó con los ojos fijos en los suyos hasta que todo rastro de humor se evaporó, dejando paso a la más dulce sinceridad.

—Me ha gustado, Becky. Más que gustarme.

Zane absorbió en su boca el suspiro de alivio de Beckett.

—Te quiero.



DESPUÉS DE MUCHOS BESOS LENTOS Y LÁNGUIDOS Y DE BECKETT SUSURRÁNDOLE QUE NO SE deshiciera del tanga, se fueron al baño a limpiarse.

Zane miró la nueva cortina con el toro y el pez, extendida sobre la bañera. Beckett desapareció y volvió treinta segundos después con unas anillas plateadas en la mano.

—Han llegado hoy cuando no estabas. Vamos a ponerla.

Zane se sentó en el borde de la bañera viendo cómo su novio metía las anillas en la cortina con toda la elegancia y habilidad del mundo.

—Ya está. ¿Te gusta?

Zane seguía mirándolo a él y no la cortina.

—Sí, es perfecto.

Beckett cogió las dos anillas que habían sobrado y empezó a jugar con ellas.

Observó el tauro, el anzuelo y el piscis plasmados en la cortina y luego dirigió esa mirada llena de ternura a Zane.

—Estoy de acuerdo. —Beckett se acercó a él, colocándose entre sus piernas y cogiéndole una mano—. Y que ambos creamos que es perfecto —Beckett deslizó una de las anillas sobrantes en el dedo anular de Zane. Era muy grande, pero se deslizó por su piel como la promesa que era— me viene como anilla al dedo.

Zane parpadeó ante el anillo. Miró a Beckett. Luego al anillo otra vez. ¿Esto...? ¿Esto significaba que...?

Beckett deslizó la otra anilla en su propio dedo y le guiñó el ojo.

Zane se puso en pie, con el corazón a punto de salirse por la boca.

—El mejor modismo de la historia, profesor. —Puso entonces su *hipertemblosa* mano, engalanada con su anilla, en la mejilla de Beckett y añadió—: Era un «sí» al principio, lo es ahora y lo será siempre. Vamos a decirle a Darla que...

Beckett lo cortó dándole un beso en los labios y terminó por él:

—Nos hemos prometido.

## Sobre la autora

## AMOR TAN A FUEGO LENTO QUE TE PARARÁ EL CORAZÓN

Soy una grandísima fan de los romances que se cuecen a fuego lento y es que me encanta leer y escribir sobre personajes que se van enamorando poco a poco.

Algunos de mis temas favoritos son: historias cuyos protagonistas van de amigos —o enemigos— a amantes; chicos despistados que no se enteran de nada y en sus romances todo el mundo es consciente de lo que pasa menos ellos; libros con personajes bisexuales, pansexuales, demisexuales; romances a fuego lento y amores que no conocen fronteras.

Escribo historias de diversa índole, desde romance contemporáneo gay con tintes tristes, a romances totalmente desenfadados e, incluso, algunos con un toque de fantasía.

Mis libros se han traducido al alemán, italiano, francés, tailandés y español.